11445

CIRCULO LITERARIO COMERCIAL.

LA ESPAÑA DRAMATICA.

DE

D. PABLO AVECILLA.

¡UN ENTE SINGULAR!

PUNTOS DE VENTA EN MADRID:

D. Juan Diaz de los Rios, *calle de Carretas.*

D. José Cuesta, *Carretas* 9.
Bailly-Bailliere, *Príncipe.*

IMP. DE C. GONZALEZ.—S. Anton, 26.
1858.

CÁTALOGO *de las obras dramáticas de la propiedad del* CÍRCULO LITERARIO COMERCIAL.

DRAMAS EN TRES ó MAS ACTOS.

Madrid por dentro.
Entre el cielo y la tierra.
Susana.
La duda.
Los Hijos de la noche.
El Capitan Pacheco.
Hamlet.
Don Alvaro de Luna.
El Triunfo del pueblo libre.
Napoleon en España.
Kuser ó los bandos de Holanda.
La Torre del Duero.
Magdalena.
La Pasion.
El Hijo del ciego.
El Castillo de Balsain.
Los Contrabandistas del Pirineo.
El Puente de Luchana.
¡Creo en Dios!
¡Las Jornadas de Julio!
Pedro Navarro.
Don Rafael del Riego.
La Niña del mostrador.
La Mano de Dios.
Remismunda.
¡Redencion!
Rioja.
Mujer y madre.
El Curioso impertinente.
La Aventurera.
La Pastora de los Alpes.
Felipe el Prudente.
Dios, mi brazo y mi derecho.
El Fénix de los ingenios.
Ricardo III.
Caridad y recompensa.
El Donativo del diablo.
La Hija de las flores.
El Valor de la mujer.
La Fuerza de voluntad.
La Máscara del crimen.
La Estrella de las Montañas.
La Ley de raza.
Sancho Ortiz de las Roelas.
Andres Chenier.
Adriana.
La Ley de represalias.
El Ramo de rosas.
Caibar, *drama bardo.*
El Trovador, *refundido.*
Cristobal Colon.
Un Hombre de estado.
El Primer Giron.
El Tesorero del Rey.
El Lirio entre zarzas.
Isabel la Católica.
Antonio de Leiva.
La Reina Sara.
Ultimas horas de un Rey.
Don Francisco de Quevedo.
Juan Bravo el Comunero.
Diego Corrientes.
El Bufon del Rey.
Un Voto y una venganza.
Bernardo de Saldaña.
El Cardenal y el ministro.
Nobleza republicana.
Doña Juana la Loca.
El Hijo del diablo.
Sara.
Garcia de Paredes.
Boabdil el chico.
El Fuego del cielo.
Un Juramento.
El Dos de Mayo.
Roberto el Normando.

COMEDIAS EN TRES ó MAS ACTOS.

El hijo natural.
El dinero y la opinion.
Un hombre importante.
Quien mas mira menos ve.
La escala de la vida.
Unos llevan la fama.
Las Indias en la córte.
¡Mejor es creer!
Los Organos de Móstoles.
La Escuela de los ministros.
El Fondo y la corteza.
El Tesoro del Diablo.
La Flor de la maravilla.
El Agua mansa.
Un Infierno ó la casa de huésps.
El Duro y el millon.
El Oro y el oropel.
El Médico de cámara.
Un Loco hace ciento.
La Tierra de promision.
La cabra tira al monte.
Sullivan.
El Peluquero de Su Alteza.
La Consola y el espejo.
El Rábano por las hojas.
Tres al saco....
Un Inglés y un vizcaino.
A Zaragoza por locos.
Los Presupuestos.
La Condesa de Egmont.
La Escuela del matrimonio.
Mercadet.
Una Aventura de Richelieu.
Deudas de honor y amistad.
Merecer para alcanzar.
Para vencer, querer.
Los Millonarios.
Los Cuentos de a reina de Nav.
El Hermano mayor.
Los Dos Guzmanes.
Jugar por tabla.
Juegos prohibidos.
Un Clavo saca otro clavo.
El Marido Duende.
El Remedio del fastidio.
El Lunar de la Marquesa.
La Pension de Venturita.
Quién es ella?
Memorias de Juan Garcia.
Un enemigo oculto.
Trampas inocentes.
La Ceniza en la frente.
Un Matrimonio á la moda.
La Voluntad del difunto.
Caprichos de la fortuna.
Embajador y Hechicero.
Mauricio el republicano.
A quien Dios no le dá hijos...!
La Nueva Pata de Cabra.
A un tiempo amor y fortuna.
El Oficialito.
Ataque y Defensa.
Ginesillo el aturdido.

¡UN ENTE SINGULAR!

COMEDIA EN UN ACTO, ORIGINAL Y EN PROSA,

POR

DON RAMON DE NAVARRETE.

Estrenada en el Teatro del Príncipe
el 12 de noviembre de 1847.

Tercera edicion.

N.º 52.

MADRID.
IMPRENTA DE C. GONZALEZ, CALLE DE SAN ANTON, NÚM. 26.
1858.

Digitized by the Internet Archive
in 2014

https://archive.org/details/unentesingularco3831nava

Esta obra, es propiedad de DON PABLO AVECILLA, que perseguirá ante la ley al que sin su permiso la reimprima, varíe el título, ó represente en algun teatro del reino, ó en alguna sociedad de las formadas por acciones, suscriciones ó cualquiera otra contribucion pecuniaria, sea cual fuere su denominacion, con arreglo á lo prevenido en las Reales órdenes de 5 de Mayo de 1837, 18 de Abril de 1839, 4 de Marzo de 1844, y Ley sobre la propiedad literaria de 10 de Junio de 1847, relativas á la propiedad de obras dramáticas.

Se considerarán reimpresos furtivamente todos los ejemplares que carezcan de la contraseña reservada que distingue á los legítimos.

2509963

PERSONAS.	ACTORES.
DOÑA ROSALIA, *viuda jóven.*	DOÑA MATILDE DIEZ.
DON SILVESTRE ORTIGOSA.	D. JULIAN ROMEA.
SUSANA, *doncella de doña Rosalía*.	DOÑA JOSEFA PALMA.
BÁRBARO, *criado de don Silvestre*.	D. MARIANO FERNANDEZ.
PETRA..	DOÑA MICAELA DURÁN.
JUANA..	DOÑA POLONIA FABIANI.
ISIDRO.	D. MARIANO MUÑOZ.

ALDEANOS.

La escena pasa en un pueblo de las inmediaciones de Zaragoza.

Actor Sr Palacios

ACTO ÚNICO.

El teatro representa una plazoleta formada por dos casas de campo, colocadas la una enfrente de la otra á derecha é izquierda; en el fondo el camino real, y á lo lejos las casas de una aldea.

ESCENA PRIMERA.

SUSANA.—BÁRBARO.

(*Al levantar el telon, Bárbaro tiene abierta la verja de la quinta de su amo, y habla acaloradamente con Susana.*)

BÁRBAR. Cuando le digo á V. que es inútil!

SUSANA. Y qué se pierde con que vaya V. á anunciárselo?

BÁRBAR. Se pierde tiempo, paciencia y zapatos. No está mala la porfía! Si sabré yo que ninguna mujer ha puesto el pié dentro de la casa del señor don Silvestre desde que murió su padre, va para diez años?.... Sí, sí: como le gusta tanto á su merced el bello sexo! En cuanto vé una hembra por un lado, tira él por otro, sin reparar en si es fea, bonita, vieja, jóven, fina ú ordinaria.

SUSANA. Y qué le hemos hecho nosotras á ese buen señor para que nos odie tanto?

BÁRBAR. Qué nos han hecho ustedes?... Lo que es á

nosotros nada, porque tanto el amo como yo no hemos tenido que ver sino mi madre, que nos crió á los dos, y que se murió en seguida, dejándonos ya creciditos; pero el padre del señor don Silvestre habia sido muy desgraciado en su matrimonio, y siempre nos estaba predicando para que huyésemos de ustedes como del demonio.— «Desde Eva acá, nos repetia á cada paso su mercé, las mujeres no nos han hecho nada mas que... perradas!»

SUSANA. Mire usted qué salida! Y qué tenemos nosotras que ver con Eva?

BÁRBAR. (*Gravemente.*) Son ustedes sus hijas, jóven!

SUSANA. Y ustedes sus hijos!

BÁRBAR. No tal; nosotros solo somos hijos de Adan!

SUSANA. Con que usted participa enteramente de las ideas de su amo?

BÁRBAR. Enteramente.

SUSANA. De veras? Habrá bárbaro?

BÁRBAR. (*Que ha oido la última palabra.*) Servidor de usted.

SUSANA. Cómo?

BÁRBAR. No me ha llamado usted por mi nombre?

SUSANA. Por ventura se llamaria usted?... (*Riéndose.*)

BÁRBAR. Bárbaro me pusieron, porque nací el dia de santa Bárbara: lo mismo que al amo le pusieron Silvestre, porque vió la luz el último dia del año.

SUSANA. (*Aparte.*) Pues hay casualidades singulares!... (*Alto.*) Le aseguro á usted que es el primer Bárbaro que he conocido... de nombre se entiende.

BÁRBAR. (*Despidiéndose.*) Con que...

SUSANA. No me dé usted así con la puerta en las narices!

BÁRBAR. Ya he hecho demasiado abriéndosela á usted, y respondiendo á sus importunas preguntas. Es usted la primera hembra á quien he hablado en mi vida.

SUSANA. Pues qué! no habla usted con sus compañeras las criadas?

BÁRBAR. El amo no tiene criadas, todos somos criados; cocinero, lavandero, costurero, planchador... No necesitamos mujeres para nada!

SUSANA. Ay! Qué vida tan triste deben ustedes pasar!

BÁRBAR. Al contrario, vivimos sin enredos, sin chismes, sin... El mundo no será feliz hasta que no se suprima enteramente el sexo femenino.

SUSANA. Tan temibles les parecemos á ustedes?

BÁRBAR. Son ustedes una calamidad europea... Qué digo, europea! universal!

SUSANA. Lo que ustedes nos tienen es muchísimo miedo!

BÁRBAR. (*Con desprecio.*) Miedo?

SUSANA. Sí señor, miedo: vamos, á que no se atreve usted á mirarme á la cara?

BÁRBAR. Y qué falta me hace á mí mirarla á usted?

SUSANA. Cuando digo que no se atreve!...

BÁRBAR. Quiere usted dejarme en paz?

SUSANA. (*Mofándose.*) No se atreve, no se atreve!

BÁRBAR. Sí me atrevo, sí me atrevo! (*Mirándola.*) Ah!... Qué cosa tan bonita es una mujer!

SUSANA. (*Aparte.*) Y es buen chico este Bárbaro! (*Alto.*) Vamos, qué le parezco á usted?

BÁRBAR. (*Queriendo huir.*) Me parece usted espantosa!

SUSANA. Al contrario; le parezco á usted... bastante regular!

BÁRBAR. (*Aparte.*) Dios mio! Si será el diablo que habrá tomado esta forma para tentarme? Me causan un efecto sus ojos!... No sé lo que esperimento! No quisiera mirarla... y no puedo menos de....

SUSANA. (*Con mucha coquetería.*) Tiene usted una idea muy errada de nosotras, que somos buenas, caritativas, amables. Vaya, señor Bárbaro, seamos amigos; déme usted la mano.

BÁRBAR. (*Asustado, retirándola.*) La mano? Jamás!

SUSANA. Estoy segura de que dentro de poco ha de venir usted á pedírmela á mí... de rodillas.

BÁRBAR. Yo?

SUSANA. Usted.

BÁRBAR. A que no?

SUSANA. A que sí?

BÁRBAR. (*Aparte santigüandose.*) Esta chica quiere perderme!

SUSANA. (*Aparte.*) Prometo que he de domesticar á este oso!

ESCENA II.

Dichos.—Doña Rosalia.

Rosal. *(Desde la puerta de su casa.)* Con quién disputas, Susana?

Bárbar. (*Aparte asustado.*) Dios mio! otra mujer!

Susana. Señora, es el criado de nuestro vecino el señor don Silvestre Ortigosa, que se niega á pasar el recado de usted á su amo.

Rosal. De veras, amigo? Y por qué?

Bárbar. Yo no me niego... sino que... no quiero...

Rosal. Buena esplicacion!

Bárbar. (*Mirándola de reojo.*) Por qué habrá hecho el cielo tan bonitos á estos mónstruos?

Rosal. Veamos, espliqueme usted el motivo de esa conducta....

Bárbar. (*Retirándose.*) El motivo?...

Rosal. Pero acérquese usted! Cree usted que le vamos á comer?

Bárbar. Desde lejos se habla perfectamente.

Rosal. Con que no quiere usted pedir permiso de mi parte al señor don Silvestre para visitar su casa, la cual, segun dice el señor cura, es una verdadera maravilla?

Bárbar. Ya se lo he dicho á su criada de usted; porque el amo no recibe nunca mujeres; porque no gusta de visitas; porque las aborrece á ustedes de muerte.

Rosal. A mí?

Bárbar. A todas en general.

Rosal. Ah! ah! ah! De veras?—Muy mal debemos haberle tratado!

Susana. Ni mal ni bien, señora; segun dice este pobre mozo, no ha tratado hasta ahora á ninguna.

Rosal. Es original!

Susana. Y tan original!

Rosal. Entonces en qué pasa la vida su amo de usted?

Bárbar. Cultiva flores raras; se dedica á la cria de pájaros y aves; toca algun instrumento...

Rosal. Apostaria que el que toca es el violon!

BÁRBAR. Se equivoca usted; es la flauta!

ROSAL. Ah! como un pastorcillo de idilio!

BÁRBAR. Ademas, estudia en sus ratos perdidos el griego y el latin, para fortificarse en sus ideas filosóficas.

ROSAL. Pues será sábio!

BARBAR. Ya quisiera yo saber lo que él!

ROSAL. Y qué edad tiene?

BÁRBAR. Cumplirá veinticinco por estas yerbas.

ROSAL. (*Riéndose.*) Ah! ah! ah!

SUSANA. Ah! ah? ah! y usted?

BÁRBAR. Yo tengo un año mas.

ROSAL. No ha estado nunca en Madrid el señor don Silvestre?

BÁRBAR. Nunca; aqui nació y aqui morirá.

ROSAL. Como los alcornoques.

BÁRBAR. Justamente.

ROSAL. Es estraño que un hombre tan rico... porque creo que lo es mucho.

BÁRBAR. Muchísimo!

ROSAL. No haya pensado en lucir, en brillar...

BÁRBAR. Ah, señora! Es que mi amo conoce muy bien el mundo!

ROSAL. (*Sonriéndose.*) Sin haber estado en él? Sin haber salido de este rincon?

BÁRBAR. No importa; lo conoce muy bien, y sabe que los hombres son todos unos pícaros; y las mujeres... unas... unas... Válgate Dios! Cómo dice él?... Ah! Unas grandísimas croquetas!

SUSANA. (*Riéndose.*) Croquetas! Ah! ah! ah!

ROSAL. Y quién le ha imbuido tales principios?

BÁRBAR. Toma! su padre, que habia sido engañado muchas veces, y que huyó de la sociedad por esa causa, viniendo á establecerse aquí, donde á poco dió á luz al señor don Silvestre.

ROSAL. Y su madre?

BÁRBAR. Habia muerto antes!

ROSAL. No ha conocido á su madre? Eso lo esplica todo! Y en qué invierte sus riquezas el señor don Silvestre?

BÁRBAR. En socorrer á los pobres; así le adoran en la aldea. Muchas veces me lo dice lleno de satisfaccion: « Cuánto mejor es emplear en esto el

oro, que no en dengues y baratijas como hacen todas las mujeres?»

ROSAL. No todas; hay muchas que prefieren los puros goces de la beneficencia á la insensata vanidad del lujo!

BÁRBAR. Sí, sí, que cuando su mercé lo asegura, no lo sabrá bien; él que tanto sabe!

ROSAL. El, que tanto ignora!

BÁRBAR. Ya veo que el amo tiene razon; son ustedes unas embusteras.

ROSAL. (*A Susana.*) Has visto ente mas original?

SUSANA. No señora, porque aun no he visto á su amo. (*En este momento aparece don Silvestre en la puerta de la verja, de la cual se ha apartado un poco Bárbaro: trae la barba crecida, el pelo largo, y un trage grosero y descuidado.*)

ESCENA III.

Dichos.—DON SILVESTRE.

SILVEST. (*Desde lejos.*) Bárbaro! Bárbaro! Qué haces ahí? Con quién estás charlando?

BÁRBAR. Ay Dios mio! Cómo me va á reñir!

SILVEST. No te he dicho que no se habla nunca con las mujeres?

BÁRBAR. Es que...

SILVEST. Es que, es que!... Conozco que tu educacion no está aun perfeccionada! Vamos, adentro, y que no suceda otra vez!

BÁRBAR. No sucederá!

SILVEST. (*Retirándose.*) Allá veremos.

ROSAL. (*Siguiéndole.*) Perdone usted, caballero...

SILVEST. (*Sin volver la cara, aunque deteniéndose.*) Qué se le ofrece á usted, señora?

ROSAL. Somos vecinos... habito esa casa que acabo de heredar; y venia á ofrecérsela á usted...

SILVEST. (*Yéndose.*) No quiero comprarla, gracias.

ROSAL. (*Sonriéndose.*) No me ha comprendido usted; no deseo deshacerme de ella, sino darle á entender que si necesita alguna cosa...

SILVEST. (*Alejándose.*) No necesito nada, gracias!

ROSAL. (*Siguiéndole.*) Porque entre vecinos debe haber confianza, intimidad...

SILVEST. No me gustan la intimidad, ni la confianza. (*Reparando en Bárbaro que mira á Susana atentamente, mientras ella le sonrie.*) Qué estás mirando ahí, desventurado? Mejor harias en mirar una serpiente!

BÁRBAR. Perdone usted, señor; como no estoy acostumbrado á contemplar esos séres... diabólicos... la curiosidad...

SILVEST. La curiosidad! Ella perdió al género humano! Adan solo pecó por curiosidad! Vète adentro.

BÁRBAR. (*Aparte al marcharse, mirando siempre á Susana.*) No sé por qué... pero ahora me siento mas inclinado á disculpar á nuestro padre Adan.

ROSAL. (*A Susana.*) Déjanos.

ESCENA IV.

DOÑA ROSALIA.—DON SILVESTRE.

SILVEST. (*Aparte, mirándola de reojo.*) Qué cosa tan repugnante es una mujer!

ROSAL. (*Aparte.*) Lástima que sea tan cerril!

SILVEST. Con que, señora...

ROSAL. Un instante: no tiene usted poca prisa! Y yo que deseo infinito estrechar nuestras relaciones!

SILVEST. Pues yo maldito lo que lo deseo!

ROSAL. Escuso decir á usted que tendré sumo placer en recibirle en mi casa á todas horas.

SILVEST. No la molestaré á usted mucho.

ROSAL. Tengo arpa... piano... Es usted dilletantí?

SILVEST. Dilletantí? Se come eso con cuchara!

ROSAL. Ah! no habrá llegado aun hasta usted esa palabra. Preguntaba que si le gusta á usted la música.

SILVEST. No señora; me rebienta; y solo toco la flauta cuando estoy de mal humor,

ROSAL. Y con todo, Orfeo amansaba las fieras...

SILVEST. Orfeo era un *imbécil*, que bajó al infierno en busca de una mujer: y yo, por el contrario, bajaria allí por huir de ellas.

ROSAL. Se me figura, señor don Silvestre, que tiene usted el génio un poco estraño.

SILVEST. Porque no hago tonterias como mis colegas del sexo masculino? Porque no me pongo hecho una almivar cuando hablo con ustedes? Porque no me aprieto el corbatin ni hago contorsiones ridículas? En ese caso me alegro mucho de parecerle á usted estrafalario.

ROSAL. Nada de eso: á mí me gusta mucho la naturalidad; pero la aversion que usted nos tiene sin conocernos...

SILVEST. Se la tengo á ustedes, porque las conozco perfectamente.

ROSAL. De oidas.

SILVEST. Es igual.—Quién fué la que comió del fruto prohibido, incitando al hombre á que lo comiese?—La mujer!—Quién causa nuestras desgracias, espone nuestras vidas, nos engaña, nos vende, nos ultraja?—La mujer, siempre la mujer!

ROSAL. Y quién sino ella, amigo mio, endulza las penas, las aflicciones del hombre? Quién le cuida en la cuna? Quién le guia en su infancia? Quién le vela en su lecho de dolor? Quién le ama primero como hija, luego como esposa, por último como madre?

SILVEST. Bah, bah! Pataratas!

ROSAL. Es usted injusto, muy injusto, condenándonos á todas, y sin hacer escepcion alguna. Usted, que tiene instruccion y talento; usted, que posee un corazon sensible y generoso, deberia distinguir..

SILVEST. Escuse usted el trabajo de querer convencerme, porque no me convencerá.

ROSAL. En ese caso, no se trate mas del asunto; y hablemos si usted gusta de otra cosa. Decia antes á su criado, que deseo mucho visitar su jardin de usted, el cual, segun noticias, es una verdadera maravilla. Aseguran que encierra flores muy preciosas y raras...

SILVEST. Señora, mis flores son mis hijas, y no puedo consentir que nadie las profane con ojos indiferentes.

ROSAL. Es decir que me niega usted?...

SILVEST. He jurado ademas, que no admitiré nunca mujer alguna en mi casa!

ROSAL. (*Sonriendo siempre.*) Eso es distinto; y yo respeto mucho cualquier juramento. Pero permítame usted que estrañe cómo puede vivir en ese retiro absoluto, sin sociedad, sin amigos, sin una esposa... No ha pensado usted alguna vez en casarse?

SILVEST. Sí señora; he pensado muchas veces... en no casarme jamás.

ROSAL. Es muy singular, siendo usted jóven, rico... Cuánto mas dichoso seria usted con una compañera?...

SILVEST. Sí, sí, estoy al cabo de la calle; hemos venido á parar al matrimonio... Ya conozco que usted, como todas, lo que quieren es atraparme!...

ROSAL. (*Riéndose á carcajadas.*) Ah! ah! ah! De veras, se ha figurado usted?... Ah! ah! ah! Con que ha podido usted interpretar?... Ah! ah! ah!

SILVEST. Sí, ríase usted, ríase usted, porque he adivinado...

ROSALI. No, me rio porque se ha equivocado usted de medio á medio. En primer lugar, soy viuda; en segundo, rica; y por último, me ha ido muy mal en el matrimononio para que desee sujetarme nuevamente á su yugo. Ahí tiene usted como su malicia ha andado errada esta vez.

SILVEST. Me alegro mucho; pero eso no quita que la regla sea general.

ROSAL. (*Con alguna amargura.*) Sí, cuando una mujer es fina, es atenta con un hombre, cuando se interesa por él, cuando le ofrece su amistad, en fin, cuando le estima, no hay duda, quiere atraparle!!... Así son ustedes, siempre injustos, siempre presuntuosos!

SILVEST. Mas, señora: no es fuerte trabajo que me ha de obligar usted á hablar, á discutir á pesar mio? A todas las mujeres las he vuelto siempre la espalda, y usted sin saber yo cómo, me precisa á quebrantar mi propósito, y á...

ROSAL. Prueba de que empieza usted á conocer que es algo ridículo...

SILVEST. No le doy á usted derecho para calificar mi conducta.

ROSAL. Antes ha calificado usted la mia, y bien duramente por cierto!

SILVEST. Si usted no viniese á buscarme...

ROSAL. Yo le he buscado á usted?

SILVEST. A que me hace usted creer que he sido yo el que ha solicitado entrar en su casa!

ROSAL. Si no me causara risa su estravagancia, me causaria enojo su descortesia de usted.

SILVEST. Otra pretension absurda de las damas, que las hemos de tratar como si fuesen reinas; que hemos de ser galantes, obsequiosos, almivarados.. Pues á mí no me acomoda, porque yo para nada las necesito á ustedes.

ROSAL. Así como nosotras para nada le necesitamos á usted.

SILVEST. (*Algo picado.*) Quiere usted dejarme en paz, señora?

ROSAL. Señor don Silvestre, beso á usted la mano.

SILVEST. No me volverá á cojer tan fácilmente! (*Váse.*)

ESCENA V.

DOÑA ROSALIA *sola.*

Pues señor, será menester escribir á los periódicos de Madrid el descubrimiento de un ente muy parecido al hombre, y que sin embargo no pertenece á la especie humana; acaso se decida á adquirirle el gabinete de la Historia natural. Qué tono! qué maneras! y especialmente, qué lenguaje! Sin embargo, si estuviese civilizado, si no fuese tan brusco... tan silvestre, seria una persona regular... dado que sea persona.—Su figura es airosa y elegante; sus ojos tienen viveza y espresion... Cosa particular! confieso que la conquista de este hombre me envaneceria mas que la de uno de esos magnates poderosos, que todas las mujeres ambicionan y se disputan. Qué triunfo despertar en su naturaleza embrutecida los instintos y las pasiones de la generalidad! y

qué venganza tan digna de nuestro sexo ultrajado, obligarle á solicitar de rodillas un perdon... que yo no le concederia nunca!

ESCENA VI.

Dicha.—SUSANA.

SUSANA. Qué tal, señora?

ROSAL. Muy mal, Susana. Despues de decirme mil impertinencias, se ha escapado á su casa.

SUSANA. Mejor; eso prueba que ya la teme á usted.

ROSAL. No: eso prueba que se ha escapado.

SUSANA. Probará las dos cosas. Y qué piensa usted hacer?

ROSAL. No sé; te aseguro que su impolítica ha herido mi amor propio.

SUSANA. Como la de su criado el mio.

ROSAL. Bah!... los dejaremos.

SUSANA. Es claro; los dejaremos. *(Pausa.)*

ROSAL. Susana?

SUSANA. Señora?

ROSAL. No te parece que para que á una la sigan no hay como aparentar que huye?

SUSANA. Por supuesto!

ROSAL. Pues bien: si fingimos huirle, entonces es cuando querrá acercarse él á nosotras.

SUSANA. Bien pensado!

ROSAL. Aunque una no sea coqueta, no gusta verse desairada.

SUSANA. Es claro!

ROSAL. Luego, yo no lo hago por mí, sino por nuestro sexo.

SUSANA. Lo mismo que yo.

ROSAL. De suerte, que si te parece y por mera diversion...

SUSANA. Por mera diversion, se entiende...

ROSAL. Comenzaremos la empresa de civilizar á esos cafres.

SUSANA. Y si no lo conseguimos?

ROSAL. Pst! qué importa! Habremos matado el tiempo, que es lo principal en el campo.

SUSANA. Perfectamente; y por dónde hemos de empezar?

ROSAL. En primer lugar, me tráerás al pabellon que está al estremo del jardin, mis libros, mis pinceles y mi arpa.

SUSANA. Para qué?

ROSAL. (*Sonriéndose.*) Para leer, para pintar y para cantar ahí.

SUSANA. Entiendo!

ROSAL. Ademas, si viene alguna visita, nuestro vecino el baron de Rio-Frio, por ejemplo...

SUSANA. Ese caballero que canta duos con usted?

ROSAL. Sí; le recibiré asimismo en el pabellon. Pero acuérdate de lo esencial: te prohibo que dejes entrar en casa al tal don Silvestre, si por casualidad se presentase...

SUSANA. No hay miedo; no se presentará.

ROSAL. Quién sabe! Y no quiero tampoco que hables con su criado, ni que me des recado alguno de su parte.

SUSANA. Así lo haré!... (*Aparte.*) No hay duda que el medio es original!

ROSAL. Ah, se me olvidaba! Has de colocar sillas inmediatas á la verja. Quizás venga á bordar algunas veces ahí... porque está mas fresco.

SUSANA. Sin duda; porque está mas fresco.

ROSAL. Y ahora ven á ayudarme á vestir.

SUSANA. Ah! vá usted á ponerse muy elegante? Qué saco? El vestido de seda con encajes?

ROSAL. No; el mas sencillo que encuentres: en el campo es lo mejor la sencillez.

SUSANA. Si comprendo una palabra de lo que usted se propone...

ROSAL. No hay necesidad de que comprendas, sino de que obedezcas. Vamos.

SUSANA. Está bien; obedeceré.

ESCENA VII.

Dichos.—Petra.—Juana.—Isidro, *y otros* Aldeanos.

(*Cuando doña Rosalia y Susana se van á entrar en su casa, salen los aldeanos por el fondo, corren hácia ella y la detienen.*)

Petra. Allí está, allí, nuestra bienhechora!

Juana. Sí, nuestro ángel tutelar!

Isidro. Corramos á darle las gracias.

Petra. A manifestarla nuestra gratitud!

Todos. Sí, sí.

(*Todos corren hácia doña Rosalía: unos la toman las manos y se las besan; otros se arrodillan y la detienen por el vestido.*)

Petra. Señora, señora, no huirá usted de nosotros!

Rosal. (*Conmovida deteniéndose.*) Qué quereis, amigos mios?

Petra. Qué queremos, señora? Bendecirla á usted una y mil veces!

Todos. Sí, sí.

ESCENA VIII.

Dichos.—Don Silvestre, *detrás de la verja de su casa.*

Silvest. (*Apareciendo.*) Qué voces son esas!

Rosal. (*Queriendo escaparse.*) Lo que yo he hecho es tan natural!... El que es rico debe aliviar la suerte del pobre!

Petra. Pero es que todos no hacen lo mismo; es que los ricos son generalmente duros, insensibles, y avaros; cuando usted, señora, usted... (*Llorando.*)

Isidro. Ocho dias hace solamente que ha venido usted al pais, y desde entonces, cuántos beneficios nos ha dispensado!

Silvest. (*Aparte.*) Qué dicen?

Petra. Ha dotado usted á cuatro huérfanas; ha establecido una escuela; vá á fundar un hospital!...

Silvest. (*Aparte.*) Qué escucho!

ISIDRO. De ese modo, cuando nos envie el Señor una enfermedad, no sabremos de fijo que nos espera la muerte por falta de recursos para combatirla!

JUANA. Así, nuestros hijos no vivirán en la ignorancia y en el vicio!

PETRA. Señora, es usted nuestra Providencia! (*Llorando.*) A usted y al señor don Silvestre Ortigosa, ese caballero que vive enfrente, le debemos mas que la vida!

ISIDRO. Porque él, aunque menos amable, tiene un corazon tan compasivo como usted!

PETRA. De suerte, que anoche hablando de sus mercedes, decíamos todos los del pueblo: «Qué buena pareja harian! Los dos jóvenes, ricos, benéficos!...»

ROSAL. (*Conmovida.*) Adios, amigos mios. (*Retirándose.*)

PETRA. (*Con efusion.*) El cielo la conserve á usted la salud, señora!

ROSAL. Cuando necesiten ustedes algo, no acudan á nadie sino á mí!

(*Los aldeanos se precipitan hácia doña Rosalía, y repiten las mismas demostraciones de gratitud.*)

TODOS. Gracias, señora, gracias!...

ESCENA IX.

DON SILVESTRE *detrás de la verja.*—LOS ALDEANOS.

PETRA. Es un ángel!

JUANA. Es tan hermosa como buena!...

PETRA. Y qué amabilidad la suya!

ISIDRO. Realza el valor de sus beneficios por la manera que tiene de hacerlos!

PETRA. Sí, su caridad no es nada humillante!

JUANA. Y no arroja como otros su oro á la frente de los pobres, sino que se lo entrega cariñosamente en la mano.

ISIDRO. Y siempre con un modo, con una dulzura!... Justamente eso es lo único que le falta al señor don Silvestre!

SILVEST. (*Aparte.*) Es verdad!...
PETRA. Nunca nos dice una palabra de consuelo!
JUANA. Nunca nos visita ni nos reparte él mismo sus dones!
PETRA. Y no será por orgullo, pues es tan llano!
ISIDRO. No; es porque tiene un carácter estravagante.
SILVEST. (*Aparte.*) Ah!
PETRA. Es cierto!
JUANA. Jamás la saluda á una cuando la encuentra.
ISIDRO. Parece que huye de la gente!...
PETRA. Respetemos sus rarezas, chicos; le debemos tanto!...
ISIDRO. Sí, sí; respetémoslas...
(*Estas cuatro últimas réplicas las dicen alejándose al fondo, y al concluirlas desaparecen.*)

ESCENA X.

DON SILVESTRE *solo.*

Despues que se van los aldeanos, abre la verja y sale lenta y tristemente.

Tienen razon, mucha razon en cuanto han dicho! Soy demasiado áspero, demasiado estóico, demasiado... Tal vez llevaría mi padre muy allá su rigidez de principios... Acaso las mujeres no son tan malas como él decia!... Esa al menos es generosa, compasiva... Bah! sin duda será una escepcion! No osbtante, debo tratarla con menos dureza... quiero disculparme con ella... Si me lo permite, nos asociaremos para las buenas acciones!... Y en adelante procuraré conocer las desgracias que remedie; visitaré la casa del pobre; me introduciré en el seno de las familias... Eso no importa para seguir odiando, despreciando á las mujeres... en general. (*Llamando.*) Bárbaro! Bárbaro!

ESCENA XI.

Dicho.—Bárbaro.

Bárbar. *(Desde dentro.)* Señor?
Silvest. Ven acá.
Bárbar. (*Sale haciendo calceta.*) Qué me manda usted?
Silvest. Qué haces?
Bárbar. Estoy acabando este par de calcetines. Que vengan, que vengan las señoras hembras á ver si las necesitamos á ellas para nada!
Silvest. Escúchame: he descubierto una cosa prodigiosa: hay una mujer mejor que las demas!
Bárbar. Bah! De veras?... Y es por ventura Susana, la criada de esa doña Rosalía? Ya decia yo que...
Silvest. Es doña Rosalía misma.
Bárbar. (*Haciendo siempre calceta.*) No es posible!
Silvest. Has de saber que ha establecido una escuela en el pueblo, que va á fundar un hospital... Qué te parece?
Bárbar. Aguarde usted á que coja este punto que se me ha soltado. (*Despues de una pausa.*) Me parece muy bien... Pero yo apostaria que quien la aconseja es la criada!
Silvest. Así, creo que estamos en el caso de darle una esplicacion.
Bárbar. A la Susana? Yo lo creo tambien.
Silvest. No, á doña Rosalía.
Bárbar. Una, dos, tres, cuatro...
Silvest. Qué dices?
Bárbar. Nada; estoy creciendo.,..
Silvest. Tira esa calceta con mil demonios! (*Se la arranca y la tira.*) Oyeme con atencion.—No eres de dictámen que debemos enviar un recado... de eso que llaman política...
Bárbar. Y que nosotros no conocemos.
Silvest. Diciendo á nuestra vecina... y qué la diremos?
Bárbar. Toma! La decimos... pues no lo sé tampoco!
Silvest. Ah! ya caigo! Esta mañana manifestó deseo de visitar mi casa... y aunque yo he jurado que no pondrá los pies en ella ninguna mujer...
Bárbar. Y á quién lo ha jurado usted?

SILVEST. A mí mismo... interiormente.

BÁRBAR. Habria un medio de conciliarlo todo: para que no pusiese ella los pies, que la llevase un hombre en brazos.

SILVEST. Eres un tonto! Así como así... en el mundo tiene uno que violentarse... y en fin en cuanto al juramento le pediré al señor cura que me absuelva de él.

BÁRBAR. Es claro.

SILVEST. Lo que haremos los dos es encerrarnos para no verla... en el palomar.

BÁRBAR. Sin duda. (*Aparte.*) Y yo las miraré por el ojo de la llave: soy tan aficionado á la historia natural!

SILVEST. Con que apruebas mi proyecto?

BÁRBAR. No lo he de aprobar? Y llevaré yo el recado?

SILVEST. Tú mismo.

BÁRBAR. Ahora?

SILVEST. Ahora.

BÁRBAR. *(Aparte.)* Con eso veré á Susana. *(Alto.)* Voy corriendo. (*Da un aldabonazo en la reja del jardin de doña Rosalía.*)

SILVEST. *(Ocultándose.)* Vienen?

BÁRBAR. Sí señor: ya está ahi. (*Aparte.*) Es particular! Voy perdiendo el miedo á estos mónstruos!

ESCENA XII.

Dichos.—SUSANA, *detrás de la reja.*

SUSANA. Quién llama?

BÁRBAR. Soy yo.

SUSANA. (*Con mucha aspereza.*) Usted? Y que se le ofrece?

BÁRBAR. Venia de parte del amo...

SUSANA. Y qué quiere el señor don Silvestre?

BÁRBAR. Es... es un recado para su señora de usted.

SUSANA. Un recado? Pues es inútil; la señora me ha mandado que no reciba á ninguno de ustedes. Abur. *(Desaparece.)*

BÁRBAR. Oiga usted... oiga usted!

ESCENA XIII.

DON SILVESTRE.—BÁRBARO.

SILVEST. (*Acercándose.*) Qué te ha dicho?
BÁRBAR. Ni esto!
SILVEST. Cómo?
BÁRBAR. Se niega á pasar el recado y me ha dado con la puerta en los hocicos.
SILVEST. Eso es una impolítica!
BÁRBAR. Es una grosería!
SILVEST. Cuando yo tenia la atencion de...
BÁRBAR. Pues, cuando teníamos la atencion de...
SILVEST. Por otra parte, maldito lo que importa. Yo he cumplido con un deber de conciencia, y nosotros no necesitamos de mujeres para nada.
BÁRBAR. Para nada. (*Pausa.*)
SILVEST. Dí, Bárbaro, no juzgas que los tales... entes no son tan espantosos como nos decian?
BÁRBAR. Lo propio juzgo, señor; y bien pueden ser el mismo diablo, pero tienen unas caritas... angelicales...
SILVEST. Hipocresía; por eso son tan temibles, y debemos huirlas.
BÁRBAR. Huyámoslas!
SILVEST. Sin embargo, lo que decian los aldeanos... y cuando ella no podia oirlos... Persisto en creer que esa doña Rosalía puede ser una escepcion... un fenómeno...
BÁRBAR. Y Susana otro. (*Se oyen dentro estrepitosas carcajadas.*) Abundan mucho en el mundo los fenómenos por lo visto!
SILVEST. Se rien! Acaso de nosotros... (*Atisbando.*) Es ahí, junto á la verja de su jardin...
BÁRBAR. Mírela usted... mírela usted... Está sentada bordando...
SILVEST. Y al lado un caballerete muy compuesto, muy almivarado...
BÁRBAR. Y Susana un poco mas lejos haciendo un ramillete y sonriéndose...
SILVEST. Con qué amabilidad habla á aquel trasto!... Y cómo se rien! (*Santigüandose.*) Jesus!!

BÁRBAR. Qué fué?

SILVEST. No lo has visto? Ella le ha dado la mano!

BÁRBAR. Ave María Purísima! Y sabe su merced que ese señor está mucho mejor vestido que nosotros? En primer lugar, no tiene crecidas las barbas...

SILVEST. Ciertamente!

BÁRBAR. Luego lleva un pantalon y un frac como los que á usted le trajeron el mes pasado de Zaragoza, y que no quiso ponerse porque le parecian demasiado ridículos, demasiado elegantes.

SILVEST. Sí, sí!

BÁRBAR. (*Mirando siempre.*) Y qué bonitos guantes de color de canario! Qué botas tan relucientes! Si parecen espejos! Y cuántos colgajos en el chaleco!

SILVEST. Doña Rosalía se sonríe al hablarle... y él sonríe tambien al contestarla. Apostaria á que se dicen cositas dulces! Habrá tonto!

BÁRBAR. Mire usted... ahora se levanta... la vecina se coje del brazo del mequetrefe... y los dos se alejan... Ay!

SILVEST. Qué es eso?

BÁRBAR. Susana que anda jugueteando con el jardinero...

SILVEST. Aaaah! (*Atisbando siempre.*) Van á pintar... allí hay un caballete con un cuadrito empezado... es una vista del pais. Doña Rosalía coje un pincel... su acompañante toma la paleta y la caja de pinturas...

BÁRBAR. Mientras Susana toma las flores que le alarga el hortelano, apretándola las puntas de los dedos...

SILVEST. Ya pinta... y con qué ligereza, con qué habilidad! Y el otro necio admira su obra!

BÁRBAR. Dios me perdone! Pues no se ha dejado abrazar Susana?

SILVEST. Oye, Bárbaro. Qué has hecho de mis pinceles?

BÁRBAR. Allí están.

SILVEST. Búscamelos luego.—Y dónde pusiste las navajas de afeitar?

BÁRBAR. Toma! en el *estruche.*

SILVEST. Y el frac y los pantalones nuevos?

BÁRBAR. En la cómoda muertos de risa. Pero qué!... quiere usted?...

SILVEST. Sí, quiero... Ya que se ha negado esa muchacha á pasar mi recado... iré yo mismo á dárselo.

BÁRBAR. Y va usted á afeitarse? Y va usted á vestirse?

SILVEST. Es claro... cómo he de presentarme así, cuando el otro!... Lástima que no tengamos un peluquero!...

BÁRBAR. Oh! el planchador sabe manejar muy bien los hierros, y yo le diré...

SILVEST. No, no te muevas de aquí... y si sale doña Rosalía, avísame corriendo.

BARBAR. Está muy bien.

SILVEST. Lo peor es que no tengo guantes amarillos... como los de ese fátuo... ni mis botas estarán tan relucientes... Mañana irás á Zaragoza á traerme charol...

BÁRBAR. Yo me compraré una chaqueta nueva!...

SILVEST. Y la camisa de chorrera que estrenó mi padre el dia de su boda?

BÁRBAR. Allá estará... aunque un poco amarilla...

SILVEST. No importa. Con que, avísame si sale la vecina... Me pondré corbatin blanco. . (*Yéndose.*)

BÁRBAR. Pierda su merced cuidado. (*Váse precipitadamente don Silvestre.*)

ESCENA XIV.

BÁRBARO.—*Luego* SUSANA.

BÁRBAR. No me pesa quedarme aquí de centinela. Quién sabe si podré hablarla? Lo que necesito es un pretesto... Un pretesto! Entre vecinos no deben faltar!... La diré que se nos ha acabado el peregil, ó que me haga el favor de un poco de sal... (*Reparando en la calceta que está en el suelo.*) Ah! mi pobre media que el amo tiró! Se han soltado los puntos, se ha hecho una travilla... y yo que no sé cojerla. Escelente idea! Si me la quisiese componer Susana!... Sí, sí; esto es lo mejor! Bendita calceta, amen! (*Corre á la reja y llama repetidas veces.*) Ya viene... Yo no sé lo que me dá cuando la veo!

SUSANA. (*Detrás de la reja.*) Quién llama? Ah! Es usted? Otra vez?

BÁRBAR. Perdone usted, vecinita... Es el caso... que venia... á... á... á... pues, á pedirle á usted... un favor...

SUSANA. Un favor? Y cuál?

BÁRBAR. Es cosa muy sencilla... y yo haré otro cualquiera en su obsequio.

SUSANA. Vamos, despache usted.—Qué se le ofrece?

BÁRBAR. Pero... pero... si quisiera usted abrirme la puerta, yo se lo esplicaria mejor.

SUSANA. No hay necesidad.

BÁRBAR. Como usted guste. (*Aparte.*) Qué áspera es! Y ella que parecia tan amable.

SUSANA. Con que acabamos?

BÁRBAR. Es que si no sale usted aquí... es imposible...

SUSANA. Imposible?

BÁRBAR. Sí señora; y ya que haga usted el favor, que sea por completo.

SUSANA. Es usted insoportable. (*Abre la verja y sale.*) Vamos!

BÁRBAR. Es el caso, señora Susana... (*Aparte.*) Qué ojazos tiene! (*Alto.*) que como no tenemos mujer en casa... (*Aparte.*) Y qué bonita! (*Alto.*) nos vemos precisados á desempeñar nosotros todas las labores. Asi, nosotros labamos, planchamos, cosemos.

SUSANA. Usted cose?

BÁRBAR. No señora... Yo solo hago calceta.

SUSANA. Calceta? (*Riéndose á carcajadas.*) Ah, ah, ah!

BÁRBAR. Pero todavia no estoy demasiado ducho; y antes se me han soltado unos puntos: tendria usted la bondad de cogérmelos?

SUSANA. Ah, ah, ah! Es original! Con mucho gusto. Venga.

BÁRBAR. (*Aparte.*) Se va ablandando. (*Alto.*) Mil gracias!

SUSANA. Ya vé usted cómo las mujeres somos necesarias; ya vé usted que no pueden pasarse sin nosotras...

BÁRBAR. Sin embargo, nos hemos pasado...

SUSANA. Haciendo una vida salvaje.

BÁRBAR. Es verdad!

SUSANA. Cuando Dios creó á la mujer para que sirviese de compañera al hombre; cuando la formó de una costilla de este...

BÁRBAR. Cáspita! Y qué daño le haria al sacársela!

SUSANA. Todo eso prueba que quiso que viviesen juntos... (*Cogiendo los puntos de la calceta.*)

BÁRBAR. Cierto!

SUSANA. Que se auxiliasen mútuamente; que se amasen...

BÁRBAR. Mútuamente!

SUSANA. Ustedes por el contrario, nos aborrecen, nos detestan. .

BÁRBAR. Yo no!

SUSANA. No nos admiten en su casa!

BÁRBAR. Yo sí!

SUSANA. Y por último, tienen que acudir á nosotras, reconociendo que somos necesarias...

BÁRBAR. Indispensables...

SUSANA. Que valemos algo...

BÁRBAR. Mucho!

SUSANA. En fin, que no somos demonios...

BÁRBAR. Sino ángeles!

SUSANA. Ah, ah, ah! Qué transformacion! Con que de veras ha cambiado usted tan pronto? Con que no se asusta usted ya de mí?

BÁRBAR. Asustarme? No, no! (*Queriendo tomarla una mano.*)

SUSANA. (*Retirándose.*) Con que ya se atreve usted á mirarme á la cara?

BÁRBAR. Y á mucho mas!

SUSANA. No le parezco tampoco horrible?

BÁRBAR. Al contrario: me parece usted preciosa!

SUSANA. Ni nos considera usted como una calamidad europea, como un azote del género humano?

BÁRBAR. No, no; las considero á ustedes como su ventura, su delicia, su... (*Queriendo tomarla la mano.*)

SUSANA. Qué tal? Cuando le decia á usted que vendria á pedirme de rodillas la mano!

ESCENA XV.

Dichos.—Don Silvestre.

(*Don Silvestre se ha afeitado la barba, dejándose solamente bigote; sale ademas vestido con esmero, aunque con mal gusto, y bastante atado con su nuevo trage.*)

Silvest. (*Viendo á Bárbaro cojer la mano á Susana.*) Qué haces, infeliz?

Bárbar. (*Aparte confuso.*) Dios mio! El amo!!

Silvest. Es ese el fruto que sacas de mis doctrinas... y de mi ejemplo?

Susana. (*Aparte.*) Qué mudado está! Si no le habia conocido!... Ahora parece otro!

Silvest. Tú quieres perderte, Bárbaro; tú quieres perderte y si no me tuvieras á tu lado... Jóven, diga usted á su señora que deseo... pues... que deseo...

Susana. (*Aparte.*) Qué deseará?

Silvest. No sé cómo se dice... Ah! sí! que deseo plantarme á sus piés.

Susana. (*Atónita.*) Usted?

Silvest. Yo!

Susana. De veras?

Silvest. (*Enfadado.*) Qué tiene de particular?

Susana. Nada, nada. Voy corriendo. (*Aparte.*) Qué sorprendida se vá á quedar! (*Váse.*)

ESCENA XVI.

Don Silvestre.—Bárbaro.

Silvest. Tú, Bárbaro, véte á dentro.

Bárbar. Pero qué buen mozo está usted, señor! Mucho mejor mozo que aquel marica de antes!...

Silvest. (*Con satisfaccion.*) De veras?

Bárbar. Sin duda! Parece que le han quitado á su merced diez años de encima!

Silvest. Repito que te vayas á dentro; no quiero que te contagies... que te perviertas...

BÁRBAR. Y usted?

SILVEST. Yo?... Es distinto!... Mi virtud es mas sólida!

BÁRBAR. Y con todo, se engalana usted; se emperegila para visitar á una señora... Quién lo habia de decir esta mañana!

SILVEST. (*Incomodado.*) Bárbaro!

BÁRBAR. Ya me voy... ya me voy... (*Aparte.*) á ponerme yo tambien los trapitos de cristianar!... No hay mas: esas dos mujeres han hecho en nosotros una verdadera rivolucion. (*Váse.*)

ESCENA XVII.

DON SILVESTRE.—*A poco* SUSANA.

SILVEST. Mucho tarda la doncella... y no sé por qué, tengo así... una especie de miedo, de agitacion... La falta de costumbre!... Luego, sentiria parecerle ridículo con estos atavíos.... No, no; por mas que diga Bárbaro, mi talle no tiene la gracia, la soltura del otro; me encuentro atado con esta corbata... y no sé qué hacer de los brazos... Si yo ensayase alguna postura... elegante como dicen esos tontos... Si yo supiera hacer al menos una cortesía... *Susana sale ahora , y se sonrie maliciosamente al verle.)* así... ó así...

SUSANA. Caballero...

SILVEST. Ah!

SUSANA. Me es muy desagradable tener que decírselo; pero la señora...

SILVEST. Cómo?

SUSANA. (*Aparte.*) Qué caprichosas somos las mujeres! (*Alto.*) La señora no puede recibirle á usted.

SILVEST. Y por qué?

SUSANA. Buena pregunta! Porque... porque está indispuesta. (*Aparte.*) No le descubriré la verdad!

SILVEST. Indispuesta, y la acabo de ver en su jardin, riéndose á carcajadas con... Con un majadero?

SUSANA. Ah! Con que la ha visto usted?

SILVEST. Por la verja.

SUSANA. En ese caso... No puede recibirle á usted... porque está ocupada.

SILVEST. Ocupada, y recibe á otros.

SUSANA. Otros sin duda, con los que tiene confianza; otros que son amables, galantes... complacientes... todo en fin, lo que no es usted!

SILVEST. Y si quisiera pedirla perdon de mi anterior conducta... de mi... de mi?..

SUSANA. De su impolítica?

SILVEST. Pues, de mi impolítica!...

SUSANA. Seria inútil.

SILVEST. Inútil?

SUSANA. Ya que usted se empeña, no debo ocultárselo: la señora me ha dado órden terminante de decirle á usted que no está en casa siempre que se presente á visitarla.—Yo lo siento infinito; pero no puedo menos de cumplir mi obligacion. (*Le saluda y entra en el jardin.*)

ESCENA XVIII.

DON SILVESTRE *solo.*

No quiere verme... se niega á recibirme! Vaya si es rencorosa! Cuando yo solo pensaba en disculparme, en hablarla, en... Y qué me importa? Veinticinco años he vivido sin tratarla; en adelante pasaré lo mismo... Sin embargo, no sé por qué... no puedo desterrar de mi mente aquel semblante tan dulce, aquella voz tan armoniosa, aquellas frases tan amables, que yo ¡necio de mí! desentendí y desprecié. Sí, sí; es una escepcion de su sexo!... Bien puede uno aborrecer á las mujeres... en general y amar á una... en particular!... Si ya que no la hablase, lograra al menos verla... (*Se dirige hácia la verja y atisba; al mismo tiempo se oyen en el jardin los preludios de una arpa, y luego una ligera melodía.*) Ahí se hallará! Sí, sí... Esos sonidos... La música que le agrada tanto!... Desde mañana enviaré yo tambien á buscar un profesor á Zaragoza! Es un arte tan bello! Tenia razon! (*Conmovido.*)—Cuán gratamente conmueve el alma!... Qué dulcemente la agita!— Si yo pudiera verla!... Qué hermosa debe estar

ahora!... No, no se la distingue... Sin duda estos árboles lo estorban! Pero trepando por los hierros... Es imposible! Ah! Aquella escalera!... (*Corre á su jardin, toma una escalera y viene á apoyarse en la de doña Rosalía: al mismo tiempo cesa la música.*) Ha enmudecido el arpa! (*Trepa ligeramente por la escalera.*) Y con todo, no aparece... Está desierto el jardin! Solo se ven su caballete, su bastidor, sus pinceles... Qué aroma tan suave, tan puro despiden esas flores! Sin duda es que ella misma las ha acariciado, las ha besado. (*Doña Rosalía, que ha visto desde adentro á don Silvestre, sale ahora de su jardin sonriéndose y se acerca á aquel.*)

ESCENA XIX.

DOÑA ROSALÍA.—DON SILVESTRE.

ROSAL. Caballero, qué hace usted ahí?

SILVEST. Ah!... (*Despues de bajar ligeramente.*) Perdone usted, señora... es que... es que estaba buscando... en ese árbol... un nido de gorriones.

ROSAL. Semejante ocupacion es muy digna de usted!

SILVEST. Y luego... admiraba tambien... los árboles, las plantas... tiene usted magníficos naranjos, señora!... Y como usted no me ha permitido verlos de cerca, los contemplaba de lejos!

ROSAL. (*Siempre en tono frio y seco.*) Le he imitado á usted, señor mio.

SILVEST. Acaso usted no habia hecho juramento de...

ROSAL. Acabo de hacerlo de no recibirle á usted en mi casa nunca. (*Aquí Bárbaro, grotescamente vestido atraviesa el teatro de puntillas, se dirige al jardin de doña Rosalía, y entra en él furtivamente.*)

BÁRBAR. (*Aparte desde la verja.*) No me han visto! (*Desaparece.*)

SILVEST. Sí... pero mi juramento era para todo el mundo, y el de usted solo para mí...

ROSAL. Justamente; y así debia de ser.—Con que, yo le dejo á usted que vuelva á su grave ocupa-

cion... á buscar sus gorriones.... y me retiro...

SILVEST. Oh! no se marche usted, por Dios! Tengo tantas cosas que decirla!

ROSAL. A mí?

SILVEST. Sí... un secreto... un secreto importantísimo...

ROSAL. (*Con acritud.*) De veras? Y cuál es?...

SILVEST. Es... es... (*Aparte con timidez.*) No me atreveré nunca! (*Alto.*) Es... es que... (*Va á hablar, se detiene y dice con gravedad cómica.*) Hace hoy mucho calor, señora.

ROSAL. (*Riéndose á carcajadas.*) Ah, ah, ah! Y ese es todo el secreto? Pues si eso es público! Ah, ah, ah!

SILVEST. (*Aparte.*) Se burla de mí! (*Alto.*) No, no era eso, sino que me turbo, me embrollo, y... y como no tengo costumbre de hablar con damas... Luego, si usted quisiese ayudarme un poco, un poquito no mas...

ROSAL. Yo?

SILVEST. Sí; si no me tratara usted con ese tono frio, seco, acre...

ROSAL. No tiene usted derecho para quejarse, cuando esta mañana...

SILVEST. Esta mañana fuí un tonto, un nécio, un imbécil, un alcornoque; mas esta tarde...

ROSAL. Es tarde!...

SILVEST. Nunca lo es para enmendar un yerro; y si usted no me asustase...

ROSAL. De veras le asusto á usted?

SILVEST. Entonces... yo hablaria... y la diria á usted...

ROSAL. El qué?

SILVEST. Diantre! Mis secretos!

ROSAL. Si son por el estilo del de antes...

SILVEST. No, todo al contrario! Pero no se burle, no se ria usted de mí!

ROSAL. Vamos, le escucho á usted con la mayor gravedad.

SILVEST. (*Despues de una pausa.*) Señora... yo soy un majadero...

ROSAL. Ya lo sabia... porque me lo dijo usted poco ha.

SILVEST. Mas compréndalo usted: el que nace ciego no puede tener idea de lo que es el sol, de lo que es la luz, de lo que es el mar: así, el que ha

vivido en un oscuro albergue, no podia saber tampoco lo que es una mujer.

ROSAL. (*Aparte.*) Y no se esplica mal!

SILVEST. Por otra parte, usted que tiene la hermosura de las demas, sin tener sus defectos; usted que es una verdadera escepcion...

ROSAL. Yo una escepcion? No tal; soy como todas!

SILVEST. (*Con entusiasmo.*) De veras? entonces...

ROSAL. Es decir... como algunas. (*Aparte.*) Capaz era de enamorarse de todas ahora.

SILVEST. No, no; aunque usted me lo diga, aunque usted me lo jure, no creeré que hay otra que se le parezca. Usted es tan buena, tan caritativa, tan generosa! Usted divide sus riquezas con los pobres... usted remedia sus infortunios, sus miserias...

ROSAL. (*Conmovida.*) Quién le ha dicho á usted?...

SILVEST. Todo el mundo, señora; todo el mundo que repite como yo que es usted un ángel!

ROSAL. No hago mas que cumplir con mi deber, amigo mio!

SILVEST. Me llama usted su amigo... y deja el tono áspero que usaba antes... Luego me ha perdonado usted?

ROSAL. Perdonarle á usted? Y el qué?...

SILVEST. Mi simpleza, mi groseria, mi... pero siga usted hablando. Si supiese usted la delicia que me causa oir su dulce voz!

ROSAL. Va usted haciendo progresos... rápidos.

SILVEST. Y si usted se dignase corregirme... si usted se tomase el trabajo de pulirme... de civilizarme...

ROSAL. Con que ya no me tiene usted miedo?

SILVEST. Miedo?

ROSAL. Con que ya no le parezco á usted un mónstruo? —Con que ya no nos aborrece usted?

SILVEST. Aborrecerlas? Yo?... Al contrario, las idolatro á ustedes.

ROSAL. (*Con coqueteria.*) A todas?...

SILVEST. No, no; á usted solamente, que ha venido á abrirme los ojos, á despertarme de mi embrutecimiento, á ilustrar mi inteligencia, á avergonzarme, en fin, de mis errores!

ROSAL. Me ama usted, dice?...

SILVEST. Y si no temiera ofenderla, si no fuese yo tan indigno, tan inferior á usted, la rogaria de rodillas... (*Cayendo á sus pies y besándola la mano.*) que me hiciese feliz! (*Aquí, Susana y Bárbaro, que han aparecido antes detras de la verja, salen á la escena; Bárbaro se arrodilla á los pies de aquella, imitando á su amo.*)

ESCENA XX.

Dichos.—SUSANA.—BÁRBARO.

BÁRBAR. (*Besándola la mano.*) Sí, Susana... te rogaria que me hicieses feliz!...
SILVEST. (*Sin levantarse.*) Qué haces, Bárbaro?
BÁRBAR. Nada, señor; imitarle á usted.
SILVEST. Con que tambien tú?
BÁRBAR. Tambien me he reconciliado con el bello sexo... para imitarle á usted!
SILVEST. Y piensas?...
BÁRBAR. Pienso en casarme... para imitarle á usted!
SILVEST. (*Con emocion á Rosalía.*) Yo no lo he dicho!... Rosalía... ha sido él! (*Levantándose.*)
SUSANA. Y nosotras aceptamos esa doble candidatura... matrimonial.
SILVEST. Será cierto?
ROSAL. Yo no lo he dicho... ha sido ella!
SILVEST. Ah! (*Estrechando la mano que doña Rosalía le tiende entre las suyas.*)
SUSANA. (*Aparte á doña Rosalía.*) Esto es un milagro, un triunfo, señora!
BÁRBAR. (*Aparte á don Silvestre.*) Serán hechiceras, cuando nos han hechizado?
ROSAL. No; es únicamente, como dijo un gran poeta, que ¡*fieras domestica amor*!

Yo, pobre y debil mujer,
que conquistar he logrado
á un hombre... no conquistado
con mi femenil poder,
no debo, quizás, temer
que otros quieran castigar,

ó se nieguen á premiar
esta empresa meritoria...
quien no aplauda mi victoria,
será *un ente singular*!

FIN.

Achaques del siglo actual.
Un Hidalgo aragones.
Un Verdadero hombre de bien.
La Esclava de su galan.
Pecado y expiacion.
¡Fortuna te dé Dios, hijo!
No se venga quien bien ama.
La Estudiantina.
La Escala de la Fortuna.
Amor con amor se paga.
Capas y sombreros.
Ardides dobles de amor.
El Buen Santiago.
¡Ya es tarde!
Un cuarto con dos alcobas.
¡Lo que es el mundo!
Todo se queda en casa.
Desde Toledo á Madrid.
El Rey de los Primos.
La Caverna invisible.
Quien bien te quiera te hará llorar.
Marica-enreda.
Flaquezas y Desengaños.
La Amistad ó las tres épocas.
El Diablo las carga.

EN DOS ACTOS.

La luna de miel.
Un Ente como hay muchos.
Cornelio Nepote.
Los Pretendientes del dia.
Los dos amores.
Deudas del alma.
Pipo, ó el Princ. de Montecresta.
Las diez de la noche.
El Congreso de Jitanos.
El Preceptor y su mujer.
La Ley Sálica.
Un Casamiento por hambre.
Antes que todo el honor.
¡Un Divorcio!
La Hija del misterio.
Las Cucas.
Gérónimo el albañil.
Maria y Felipe.

EN UN ACTO.

A los pies de V., señora.
Remedio para una quiebra.
La mujer de dos maridos.
Ladron y Verdugo.
La astucia rompe cerrojos.
Un viaje alrededor de mi mujer.
Un viaje alrededor de mi marido.
El marido universal.
Un Sentenciado á muerte.
No se hizo la miel...
Los Preciosos ridículos.
Lo que al negro del sermon.
La Union carlo-polaca.
Pepiya la aguardentera.
¡¡Ingleses!!
Un Fusil del Dos de mayo.
Cuerdos y locos.
Pst., Pst.
Entre Scila y Caribdis.
Al que no quiere caldo.
La Piel del Diablo.
Si buenas ínsulas me dan...
El Perro rabioso.
De qué?
La Herencia de mi tia.
La Capa de Josef.
Alí Ben-Salé-Abul-Tarif.
Los Apuros de un Guindilla.
El Sacristan del Escorial.
El Sol de la libertad, *loa.*
Amarse y aborrecerse.
Trece á la mesa.
Dos Casamientos ocultos.
Cinco pies y tres pulgadas.
A la Córte á pretender.
Con el santo y la limosna.
De Potencia á potencia.
Las Avispas.
El Aguador y el Misáutropo.
Acertar por carambola.
El Rey por fuerza.
Las Obras de Quevedo.
Un Protector del bello sexo.
No siempre lo bueno es bueno.
Huyendo del peregil.
El Chal verde.
Como usted quiera.
Un Año en quince minutos.
¡Un Cabello!
El Don del cielo.
La Esperanza de la Pátria, *loa.*
Alza y baja.
Cero y van dos.
Por poderes.
Una Apuesta.
¿Cuál de los tres es el tio?
La Eleccion de un diputado
La Banda de capitan.
Por un loro!
Simon Terranova.
Las dos carteras.
Malas tentaciones.
Dos en uno.
No hay que tentar al Diablo.
Una Ensalada de pollos.
Una Actriz.
Dos á dos.
El Tio Zaratan.
Los Tres ramilletes.
El Corazon de un bandido.
Treinta dias despues.
Cenar á tambor batiente.
Las Jorobas.
Los Dos amigos y el dote.
Los Dos compadres.
No mas secreto.
Manolito Gazquez.
Percances de un apellido.
Clases pasivas.
Infantes improvisados.
Por amor y por dinero.
Estrupicios por amor.
¡Mi Media naranja.
Un Ente singular!
Juan el Perdío.
De casta le viene al galgo.
¡No hay felicidad completa!
El Vizconde Bartolo.
Otro Perro del hortelano.
No hay chanzas con el amor.
¡Un bofeton.... y soy dichosa!
El Premio de la virtud.
Sombra, fantasma y muger.
Cuerpo y sombra.
Un Angel tutelar.
El Turron de Noche-buena.
La Casa deshabitada.
Un Contrabando.
El Retratista.

ZARZUELAS CON SUS PARTITURAS Á TODA ORQUESTA.

Concha!
Diego Corrientes.
El Padre Cobos.
Una Aventura en Marruecos.
Haydé ó el secreto.
El Tren de escala.
Aventura de un cantante.
La Estrella de Madrid.
Don Simplicio Bobadilla.
El Duende.
El Duende, segunda parte.
Las Señas del Archiduque.
Colegialas y soldados.
Tramoya.
Gloria y peluca.
Palo de ciego.
Tribulaciones!!
El Campamento.
Por seguir á una muger.
Buenas noches, señor don Simon.
Misterios de bastidores.
El Marido de la muger de D. Blas.
Salvador y Salvadora.
¡Diez mil duros!
Los Dos Venturas.
De este mundo al otro.
El Sacristan de San Lorenzo.
El Alma en pena.
La Flor del valle.
La Hechicera.
El Novio pasado por agua.
La Venganza de Alifonso.
El Suicidio de Rosa.
La Pradera del canal.
La Noche-buena.
Una Tarde de toros.
Partitura del Duende, para piano y canto.

OBRAS.

Diccionario de la legislacion mercantil de España, por D. Pablo Avecilla.
Legislacion militar de España, por D. Pablo Avecilla.
Código penal reformado, ilustrado y anotado con citas y tablas de penas.
Curso de Derecho Mercantil de España, por el doctor D. Pablo Gonzalez Huebra.

ADVERTENCIAS.

Tomando toda la coleccion de la España dramática, se hace la rebaja de 50 por 100.

Pidiendo ejemplares á la Direccion, que lleguen á 200 rs., se hace una rebaja de 20 por 100.

El Círculo Literario Comercial se halla establecido en la calle de Fuencarral casa de Astrarena.